



Iglesia Cristiana Gracia y Amor
Sola Escritura, Sola Gracia, Sola Fe
www.iglesiacristianagraciayamor.org

Sede La Alborada, Calle 97 # 68 F – 96, Bogotá D.C., Colombia, Tel: 613 1524
Sede El Norte, Carrera 67 # 175 – 60, Bogotá D.C., Colombia, Tel: 679 4349

ENSAYO SOBRE EL EVANGELIO ANTIGUO EN COMPARACIÓN CON EL NUEVO - 5

Es una suposición muy mal informada la que dice que la predicación evangelística basada en estas ideas tiene que ser anémica y fría en comparación con lo que los arminianos pueden hacer. Aquellos que estudian los sermones impresos de expositores dignos del evangelio antiguo, tales como Bunyan o Whitefield, o Spurgeon, encontrarán que de hecho ellos exhiben al Salvador y llaman a los pecadores a Cristo, con un calor, una plenitud, una intensidad, y una fuerza moviente no superados en la literatura del púlpito protestante. Y después de un análisis, se darán cuenta de que la cosa que dio a su predicación su poder único para vencer al auditorio, produciendo un gozo contrito por causa de las riquezas de la gracia de DIOS (y, vale la pena decir, le da todavía ese poder con los lectores modernos endurecidos) fue la insistencia sobre el hecho

de que esta gracia es gratuita. Sabían que las dimensiones del amor divino son entendidas a medias hasta que uno se dé cuenta de que DIOS no era obligado a escoger para salvación o a dar a su Hijo para morir; ni tampoco era necesario que Cristo tomara sobre sí la maldición vicaria para redimir a los hombres, ni que es necesario ahora que él invite a los pecadores a sí mismo sin discriminación, tal como hace; pero al contrario, que todo el trato de DIOS por gracia hace enteramente de su propio propósito libre. Sabiendo esto, hicieron hincapié sobre ello, y es este énfasis el que coloca su predicación evangelística en una clase aparte. Otros evangélicos, poseídos de una teología de gracia más superficial y menos adecuada, han puesto el énfasis principal en su predicación evangelística sobre la necesidad del pecador para el perdón, o la paz, o el poder, y sobre la manera de lograr estas cosas, es decir, mediante la decisión a favor de Cristo. No se puede negar que su predicación ha hecho mucho bien (porque DIOS honrará su verdad aun cuando creída incorrectamente o mezclada con error), aunque esta clase de evangelismo está expuesto siempre a la crítica de ser demasiado antropocéntrico y pietista. Pero ha sido dejado (necesariamente) a los calvinistas y a aquellos quienes como los Wesley, proceden en modos de pensamiento calvinista tan pronto empiecen un sermón a los no convertidos, a predicar el evangelio de un modo que hace destacar, sobre todas las cosas, el amor gratuito, la condescendencia voluntaria, la longanimidad paciente, y la bondad infinita del Señor Jesucristo. Y, sin duda, esta es la manera más bíblica y más edificante para predicarlo; porque las invitaciones evangélicas nunca honran más a DIOS y enaltecen más a Cristo, ni son más poderosas para despertar y confirmar la fe, como cuando el peso completo de la predicación enfatice la omnipotencia gratuita de la misericordia de donde ellas salen. Parece de veras que los predicadores del evangelio antiguo son los únicos cuya posición permite que se haga justicia a la revelación de la bondad divina en la oferta gratuita de Cristo a los pecadores.

Luego, en segundo lugar, el evangelio antiguo salvaguarda valores que el evangelio nuevo pierde.

Vimos antes que el evangelio nuevo, al afirmar una redención universal y un propósito universal divino para salvar, lleva ineludiblemente a abaratar la gracia y la cruz, al negar que el Padre y el Hijo sean soberanos en la salvación; esto porque nos asegura que después de haber hecho DIOS y

Cristo todo lo que pueden o quieren, depende finalmente de la elección que hace cada hombre si el propósito de DIOS será realizado o no. Esta posición lleva a dos resultados infelices. El primero es que nos obliga a entender mal el significado de las invitaciones de gracia de Cristo en el evangelio, de las cuales hemos estado hablando; porque ahora nos toca leerlas, no como expresiones de la tierna paciencia de un soberano poderoso, sino como las súplicas patéticas de un deseo impotente; y así el Señor entronizado de repente es cambiado en un figura débil y fútil, tocando tristemente a la puerta del corazón humano, la cual es impotente para abrir. Esto es una deshonra vergonzosa al Cristo del Nuevo Testamento. El segundo resultado infeliz es igualmente serio; porque este punto de vista niega nuestra dependencia sobre DIOS, cuando se trata de las decisiones vitales; nos quita de su mano, y nos dice que al fin y al cabo, somos lo que el pecado nos enseñó a pensar que éramos - los dueños de nuestro propio destino; los amos de nuestras almas - y así socava el fundamento mismo de la relación religiosa del hombre con su Creador. No es de extrañar que los convertidos del evangelio nuevo sean a menudo tanto irreverentes como irreligiosos, porque tal es la tendencia natural de esta enseñanza. El evangelio antiguo, por el otro lado, habla de un modo muy distinto y tiene una tendencia diferente. Por una parte, al exponer la necesidad que el hombre tiene de Cristo, hace hincapié sobre algo que el evangelio nuevo ignora en efecto - que los pecadores no son más capaces de obedecer al evangelio de lo que son para obedecer la ley, a no ser que haya la renovación del corazón. Por el otro lado, al declarar el poder de Cristo para salvar, lo proclama como autor y agente principal de la conversión; él llega por su Espíritu, al ser predicado el evangelio, para renovar los corazones de los hombres y atraerlos a él. Así que, al aplicar el mensaje, el evangelio antiguo, mientras enfatiza que la fe es el deber del hombre, enfatiza también que la fe no está en el poder del hombre, pero que DIOS tiene que dar lo que manda. Anuncia no tan sólo que el hombre tiene que venir a Cristo para salvación, sino también que no puede venir a no ser que Cristo mismo le atraiga, así se esfuerza por derrocar la confianza propia porque convence a los pecadores de que su salvación está totalmente fuera de su poder, y se esfuerza por encerrarlos bajo una dependencia total sobre la gracia gloriosa de un Salvador soberano, no sólo por la justicia, sino también por la fe misma.

No es fácil por lo tanto, que un predicador del evangelio antiguo esté contento expresando la

aplicación de él en la forma de una exigencia a "decidir por Cristo", como es la frase actual. Porque por una parte, esta frase lleva connotaciones desafortunadas. Sugiere el llevar a una persona a ciertos puestos por medio de la votación, acto en el cual el candidato no juega ningún papel más allá de ofrecerse para la elección, y luego dejar que todo sea resuelto por la decisión independiente del votante. Pero no llevamos al Hijo de Dios al puesto de Salvador nuestro por medio de una votación, ni permanece él pasivo mientras los predicadores adelantan una campaña a su favor, levantando apoyo para la causa suya. No debemos pensar en el evangelismo como una especie de campaña electoral. Y, además, por otra parte, esta frase "decidir por Cristo" oscurece lo esencial en el arrepentimiento y la fe - el negarse a sí mismo en un acercamiento personal a Cristo. Es obvio que decidir por Cristo no es lo mismo de venir a él o descansar sobre él y volverse del pecado y el auto esfuerzo. Suena como algo menos, y por lo tanto, propenso a infundir ideas defectuosas en cuanto a lo que el evangelio exige realmente a los pecadores. Desde cualquier punto de vista, no es una frase muy apropiada.

A la pregunta, ¿qué debo hacer para ser salvo?, el evangelio antiguo responde: cree en el Señor Jesucristo. A la pregunta adicional, ¿Qué quiere decir creer en el Señor Jesucristo?, la respuesta es: quiere decir reconocerse pecador; confesar que Cristo ha muerto por los pecadores; abandonar toda la justicia propia y la confianza en sí mismo; arrojarse completamente sobre él por el perdón y la paz; cambiar la enemistad natural y la rebeldía contra Dios por un espíritu de gratitud y sumisión ante la voluntad de Cristo mediante la renovación del corazón por el Espíritu Santo. Y a otra pregunta más: ¿de cuál modo procedo para creer en Cristo y arrepentirme, sin tener la capacidad natural para hacer estas cosas?, el evangelio antiguo responde: mira a Cristo; habla con Cristo; llama a Cristo tal como eres; confiesa tu pecado, tu impenitencia, tu incredulidad, y arrójate sobre la misericordia de él. Pídele un corazón nuevo, que obre en ti el arrepentimiento verdadero y una fe firme; pídele que te sea quitado tu corazón malo de incredulidad y que su ley sea escrita dentro de ti, para que de esta manera no te extravíes nunca jamás de él. Vuélvete a él y confía en él lo mejor que puedas, y pide la gracia para volverse y confiar aún más completamente. Haz uso con esperanza de los medios de la gracia, esperando que Cristo se te acerque mientras tú buscas acercarte a él. Vela, ora, lee, y oye la palabra de Dios; adora a Dios y ten comunión con el pueblo de Dios, y sigue en todas estas cosas hasta que sepas

dentro de ti mismo sin lugar a duda, que eres de veras un ser cambiado, un creyente penitente, y que el nuevo corazón que deseaste ha sido implantado en ti. Lo principal en estos consejos es lo de invocar, como primer paso, directamente a Cristo. No permitas que tu conciencia te haga demorar. No te engañes esperando hasta estar preparado. Toda la preparación deseada por él es que tú sientas la necesidad de tenerle a él. No demores tu principio hasta que pienses que eres mejor, sino más bien, honestamente confiesa tu maldad y ahora mismo entrégate a Cristo quien únicamente puede hacerte mejor. Y espéralo hasta que su luz salga en tu alma como las Escrituras prometen que sucederá. Toda cosa inferior a este trato directo con Cristo es una desobediencia ante el evangelio. Tal es el ejercicio de espíritu al cual el evangelio antiguo llama a sus oyentes. "Creo... ayúdame mi incredulidad": he aquí lo que tiene que ser su clamor.

Y el evangelio antiguo es proclamado en la segura confianza de que el Cristo de quien testifica, el Cristo quien en realidad habla cuando son expuestas y aplicadas las invitaciones bíblicas para confiar en él; este Cristo no está esperando pasivamente a que el hombre decida mientras salga la palabra, sino que más bien es activo omnipotentemente, obrando con y por medio de la palabra para traer a su pueblo a la fe en él. La predicación del evangelio nuevo a menudo se describe como la tarea de "llevar a los hombres a Cristo" - como si se movieran solamente los hombres mientras Cristo se quedara inmóvil. Pero la tarea de predicar el evangelio antiguo podría ser descrita más correctamente como llevando a Cristo a los hombres, porque aquellos que lo predicar saben que en el momento en que ellos hacen su trabajo de exhibir a Cristo ante los ojos de los hombres, el Salvador poderoso a quien proclaman es activo haciendo su obra por medio de las palabras de ellos, visitando a los pecadores con la salvación, despertándolos a la fe, atrayéndolos en misericordia a él.

Es este evangelio antiguo el que la Biblia nos enseña a predicar: el evangelio de la gracia soberana de Dios en Cristo como autor y consumados de la fe y la salvación. Es el único evangelio que puede ser predicado según los principios bíblicos, pero aquellos que han probado su dulzura no serán hallados, en ningún caso, buscando otro. En los asuntos de creer y de predicar, como en otras cosas, las palabras de Jeremías tienen todavía su empleo: *"Así dijo Jehová; paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen*

camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma". (Jer. 6:16). Al hallarnos impedidos, como la Biblia nos impide, a aceptar el evangelio moderno de moda, el cual es en realidad una imitación no más, puede ser al fin y al cabo una cosa buena tanto para nosotros como para la iglesia.

(El ensayo arriba fue escrito por J. I. Packer en inglés como introducción al libro, *THE DEATH OF DEATH IN THE DEATH OF CHRIST* por John Owen, y fue publicado por Estandarte de la Verdad, Escocia. La traducción fue hecha por Eugenio Line).